

PREGÓN VIRGEN DE BIENVENIDA 2020
a cargo de D^a. Elvira Molano Alvarado

Queridos hermanos, amigos todos.

En primer lugar, quiero dar las gracias a D. Carlos por darme la oportunidad de anunciar el pregón de Nuestra Madre y Señora, Virgen de Bienvenida. Dirigirme a ustedes bajo su mirada y en el calor de su abrazo es un gran honor y me invade una emoción muy profunda. Gracias a las mayordomas y en especial a Toñi con quien he compartido tantos juegos desde niña.

Muchos se preguntarán ¿por qué estoy yo hoy aquí? Para los que no me conocen, mi nombre es Elvira Molano Alvarado, y aunque nacida en Madrid, mis raíces son profundas valdefuenteñas. Todos mis familiares, maternos y paternos, son naturales de Valdefuentes, y yo me siento más de aquí que de cualquier otro lugar. Muchos de ustedes me recuerdan correteando de pequeña por las calles, todavía sin asfaltar. Arraigo que se ha hecho mayor con el tiempo, y que me trae de vuelta cada año. No solo en días tan especiales como este, sino cada fin de semana que puedo. Porque siento que esta es mi casa. La mayoría de ustedes también sabe que soy médico internista, y trabajo en un hospital. D. Carlos quería que contara mi experiencia. Lo que ha sido mi vida luchando en primera línea de batalla frente al COVID.

Hoy es un día muy distinto al que solemos compartir en estas fechas. Un día como hoy la iglesia se llena de fervor, aplausos, lloros, “vivas” y sobre todo un gran sentimiento de amor y devoción por nuestra madre.

Sí, hoy es un día muy distinto... Pero en medio de esta vorágine, en la que ha cambiado hasta la forma en la que nos relacionamos entre nosotros, es muy importante que no perdamos la Fe. Tampoco debemos perder la fe en la humanidad. Una humanidad, asustada, que en un día como hoy pide auxilio a su Madre.

Por eso, en un día tan grande, no quiero compartir solo mi experiencia vital frente al COVID. Me gustaría compartir con ustedes mi experiencia de confianza en el Padre, mi confianza en la Virgen.

Uno de los días más triste de mi vida acudí al Evangelio a encontrar consuelo, y leí “ la piedra que desecharon los arquitectos es la Piedra Angular”. Al principio no sabía qué significaba aquello. Pero luego comprendí que el Padre me acompañaría el resto de mi vida en las dificultades, solo tenía que tener confianza. Porque la vida es un don que siempre nos ofrece la posibilidad de comenzar de nuevo. Y efectivamente, mi vida se ha transformado en 180 grados, pero ya no tengo miedo. Porque como dice el Papa Francisco, “Dios no es un señor distante que vive solitario en los cielos, sino el Amor encarnado, nacido como nosotros de una madre, para ser hermano de cada uno de nosotros”. La confianza en un Dios cercano me ha hecho ser fuerte en momentos difíciles, tan difíciles como los que hoy comparto con ustedes.

Estamos viviendo tiempos terribles. El mundo se ha paralizado. Millones de personas enferman y mueren. Otros mueren de hambre. Quiero pedir primero por ellos una oración. Una oración por todas las víctimas de esta pandemia. Por los más de setecientos mil fallecidos, de todos los países del mundo. Padres de, hijos de, hermanos y amigos de. Que murieron solos, abruptamente. Muchos sin una oración. Personas cuya ausencia dejan un gran vacío en tantas casas. Personas que han muerto separadas de sus familiares, rodeados de desconocidos. Desconocidos que hemos intentado que fuera su viaje más amable.

Acudía al hospital, un día cualquiera, después de conducir por autopistas vacías de un mundo que se había paralizado. Autopistas que solo unos días antes, estaban llenas de coches, de ruidos, de humo. Quince minutos en un trayecto en el que habitualmente invierto una hora. ¡Pero qué está pasando! Una ciudad en silencio, fantasmagórica. De esas que solo veíamos en películas. Los enfermos llegaban de forma masiva al hospital. Nos los traía el ejército. En autobuses. “Solo me quedan 4 camas”. “Pues buscaros la vida, haced hueco porque llevo seis”, decía el capitán de la UME. Y alguien donaba las camas articuladas de sus abuelos fallecidos. Y teníamos dos camas más. El hospital se transformaba cada día. En las plantas de hospitalización las habitaciones se duplicaban, se triplicaban. Zonas dedicadas a consultas externas se transformaban en áreas de observación para dar más cabida a la urgencia. “Doctora, por aquí no puede pasar sin EPI, esta zona se ha convertido hoy también en área COVID”. Y te vestías con un traje asfixiante, que tenías que llevar todo el día...

Y llegaban más enfermos. Todos con incertidumbre en sus ojos. No puedo olvidar los primeros cuatro enfermos que nos trasladaron del Hospital de Alcalá de Henares. Recuerdo el pánico de sus caras. Llegaban solos, en un autobús con desconocidos, traídos por el ejército, por un capitán desconocido, a un sitio que ellos no habían elegido. Lejos de sus casas. Con una enfermedad también desconocida, una enfermedad que les ahogaba y que no sabían si podrían superar. Y allí estábamos Manu, Luisa y yo, otros desconocidos... Nos acercamos a recibirlos al ascensor, pulsioxímetro en mano, para ubicarlos en la habitación más adecuada. Con una gran sonrisa, en los ojos, porque los labios no se nos veían. Con bromas y palabras de alivio que inventábamos. Recuerdo cómo su gesto afligido y desconcertado se iba transformando. Nos convertimos en su esperanza. Recuerdo que me entraron ganas de llorar... No podía fallarles. Pero también sabía que no todo estaba en mi mano.

Recuerdo la ansiedad anticipatoria con la que conducía cada mañana, o noche, por esas calles vacías. Ansiedad por no saber si ese día dispondría de los medios necesarios para atender a mis enfermos. Míos, sí, porque los enfermos son parte de ti. Su sufrimiento es tu sufrimiento y su curación es tu alivio. Rezaba en el coche cada día por poder disponer de un alto flujo, de un sistema de ventilación o una cama de UCI, si llegaba el momento en que mi enfermo lo necesitara. Al llegar al hospital lo sabría... Un día prometí que apartaría de los enfermos todo daño e injusticia. Y allí estaba, cumpliendo el juramento Hipocrático. “En cualquier casa que entre, lo haré para bien de los enfermos, apartándome de toda injusticia voluntaria y de toda corrupción”.

¿Y dónde estaba Dios en todo esto? Quienes viven sin fe solo se acuerdan de Dios para reprocharle su ausencia. Pero Dios está acompañándonos en nuestro día a día, lo que pasa es que muchas veces no lo sabemos ver.

Recuerdo largas conversaciones con amigos no creyentes. Cuántas veces he reflexionado con ellos en torno a esta pregunta. Dios está en la calle, en cada gesto de amor, les digo. En el calvario individual de cada persona y en resurrecciones que muchas veces no reconocemos. Reflexionaba con ellos, y hoy reflexiono también con ustedes, ¿cuánta gente buena conocéis, que, por buenos, la sociedad les humilla? O quizá... de forma más cercana... seguro que tenéis un compañero de trabajo eficiente, que unos pocos tratan de pisotear para que no destaque... Ahí está la cruz de Cristo. Y ¿cuántas veces les habéis visto rendirse?... Personas valientes que siguen defendiendo ideales. Que siguen amando a los que les pisotean. Que no se rinden. Ahí está Cristo. Personas que luego el tiempo les pondrá en su sitio, o no, eso no importa, porque ellos morirán con la satisfacción de haber hecho lo correcto. Esa es su Resurrección.

En esta pandemia yo he visto a Dios en muchas partes. Dios estaba en todas las manos de los que han prestado su ayuda. Y en realidad os digo, que esta parte, es la parte que se me ha grabado más profundamente en mi retina.

Nosotros somos un hospital pequeño. Un hospital pequeño que se hizo grande. Enfermeras y auxiliares que no conocía, y que llegaron de todas partes a las plantas de hospitalización. Personal de limpieza, celadores y técnicos. Todos, absolutamente todos, siempre con una sonrisa, en los ojos, porque los labios no se los veía. Gente valiente, que ponía su vida al servicio de los enfermos, sin miedo al virus, con muchas ganas de trabajar. Técnicos de rayos, que empezaban a las cuatro de la mañana a hacer radiografías para que las tuviéramos todas disponibles a primera hora. Secretarias que esperaban pacientes, después de turnos interminables, al otro lado del teléfono para que les diéramos el listado de los enfermos más graves, también ellas con una sonrisa. Ellas con una sonrisa en la voz, porque los labios y los ojos, no se los veía. Personal de mantenimiento que convirtieron un hospital pequeño en un hospital grande en un abrir y cerrar de ojos. Siete internistas y dos neumólogos, que, sin llamar a nadie, de repente se multiplicaron. Como los panes y los peces. Llegaron residentes valientes de Pamplona, sin miedo, cogiendo el toro por los cuernos. Urólogos, hematólogos, oncólogos, digestivos, cirujanos plásticos... médicos de todas las especialidades, fisioterapeutas... Todas las manos eran útiles y necesarias. Unos en primera línea, auscultando enfermos y leyendo electrocardiogramas; y otros atentos a nuestra llamada por si les necesitábamos de urgencia. Un gran equipo para el cuidado de enfermos. Y, sobre todo, dando calor, compañía y esperanza. Ahí estaba Dios.

Ahí estaba, en los turnos interminables de 12 horas, que casi siempre se prolongaban, sin lamentaciones. Nadie protestaba. Solo sonrisas en los ojos y en la voz. Gente con ganas de trabajar, ganas de ayudar. Y es que era tiempo de arrimar el hombro, ¡con confianza!, ¡con valentía!, sumando, siempre sumando.

En medio de la desgracia, ha sido un tiempo de Gracia. Ha sido una suerte poder servir, consolar, escuchar, comprender, compadecer, ayudar a tantas personas. Ha sido una suerte ver de cerca el trabajo entregado de tanta gente.

Recuerdo un día, cuando bajaba a la planta que se me había asignado, que un paciente salió gritando al pasillo, “socorro”, “ayuda”, “mi compañero se muere”. Entré corriendo y me encontré un paciente muy conocido por mí, y al que tengo un gran cariño, que suplicaba ayuda porque se estaba ahogando. Estaba totalmente desadaptado al alto flujo de oxígeno, por eso su sufrimiento era mayor. Recuerdo que le dije a la enfermera que le pusiera las medicinas que entendí en ese momento eran más adecuadas. Pero tengo la seguridad que la mejor medicina fueron mis palabras. Era un hombre de fe, yo lo sabía. Conocía su vocación cristiana. Recuerdo que le dije, “tranquilo, todo va a salir bien, no vas solo, Dios te lleva en brazos por la orilla de la playa, por eso ahora solo ves dos huellas, en lugar de cuatro. Él es quien me ha traído a ti para que te alivie”. Meses después, ya recuperado, vino un día al hospital y me dio las gracias por ese momento, por esas palabras. “Gracias a ti por venir a decírmelo”. Ahí también estaba Dios.

Muchos pacientes no habían conocido antes a Dios, y sin embargo sentían la necesidad de abrir las puertas del alma al Padre y pedían los sacramentos. D. Vicente, nos contaba que se han ido al Cielo muy tranquilos, que cuando recibían la Gracia de Dios, encontraban la paz que les faltaba desde hacía mucho tiempo. D. Vicente es uno de nuestros capellanes. Valiente también. No dudó en irse a vivir a un piso con otros médicos para no poner en riesgo a su comunidad. Cada día llegaba al hospital, se ponía su EPI y alimentaba el alma de los que sufrían. Y nos traía también su sonrisa, en los ojos, porque los labios no se los veía.

Hace poco escuche el testimonio de un paciente que ha superado el COVID que también me gustaría compartir con ustedes. Era una entrevista a Javier Aranguren. Javier es un filósofo que ha creado una fundación para fomentar la educación en el tercer mundo, y que estuvo muy gravemente enfermo en nuestro hospital. Él contaba en la entrevista como tuvieron que intubarlo a las horas de llegar al hospital y estuvo largas semanas inconsciente. Al despertar recordaba un sueño, un sueño que no quería olvidar. Contaba que iba caminado rodeado de árboles blancos y llegaba a una zona de luz blanca, donde todo era blanco también. Se respiraba paz. Él pensaba que, si el Cielo existiera, sería como aquello. De pronto, alguien le preguntó si quería entrar. Él reflexionó un rato y pensó que no se merecía el Cielo todavía. Que tenía que regresar a la tierra para arreglar algunos asuntos. Tenía que hacerse merecedor de algo tan Divino. Y volvió...

Esa experiencia me hizo reflexionar. ¿Y yo?, ¿estoy preparada para morirme?, ¿me merezco el cielo?, ¿he resuelto mis asuntos?

¿Y ustedes?... ¿Están en Paz con el mundo?

Hace tiempo que leí al respecto de la muerte, también en un libro sobre superación personal, que me habían recomendado. El libro me invitaba a reflexionar sobre la

frase que quisiera se dijera en mi epitafio. La frase que me gustaría que se leyera en mi lápida. Eso que debía elegir, esa frase, debía ser mi objetivo en vida. Porque conseguir ese objetivo me llevaría a la felicidad. Yo pensé, cuando me muera quiero que se diga de mí que HE AMADO, así con mayúsculas. “El Amor como fin de vida es lo que me dará la felicidad”. Luego me di cuenta que ese “fin de vida” no era nada nuevo para mí. Ya me lo habían dicho antes. Desde muy pequeña. Me lo habían enseñado mis padres, cuando me acercaron a la iglesia. Y digo yo ¿por qué tenemos que escucharlo de otra manera para que nos paremos a reflexionar sobre ello?

Y ustedes ¿han reflexionado sobre ello? ¿Está el amor en el centro de sus vidas? Jesús nos lo dice en el Evangelio constantemente. El Amor nos dará vida.

En esta pandemia he visto a mucha gente amando. En este mundo en el que se ha puesto de moda radicalizar todos los temas, me encantaría que la gente se radicalizara en amar. Que nos contagiáramos los unos a los otros de la necesidad de amar. Que el amor se contagiara más rápido que el COVID. Amar a todos, amar al diferente.

¡Qué difícil parece amar al diferente!, ¿verdad?

¡Pues pidámoselo hoy la Virgen! El Papa nos recordó que las madres toman de la mano a los hijos y los introducen en la vida con amor. Pidamos a la Virgen que nos lleve de la mano para redescubrir los lazos que nos unen. Si lo pedimos con el mismo fervor con el que la aplaudimos, seguro que lo concederá.

Recuerdo que mi bisabuelo Domingo, el abuelo Sánchez, como le conocíais todos, nos contaba que cuando era pequeño, le había pedido a la Virgen vivir cien años. “La Virgen te lo concede” le dijo el sacerdote. Recuerdo que cuando tenía ya 97-98... nos decía “qué poquito me va quedando, niña, tenía que haber pedido más”. Todos nos reíamos y decíamos “abuelo, no diga eso, no sea avaricioso, que ya es muy mayor, deje algo para los demás”. Y él insistía “que no niña, que no... que tenía que haber pedido más”. El abuelo Sánchez cumplió los 100 años que le había pedido a la Virgen. Estaba fenomenal. Algunos recordareis la fiesta de homenaje que se le hizo. Fiesta en la que estando en plenas facultades dio un discurso. ¿Y luego?... Luego, a los veinte días, sin estar enfermo, se fue apagando y se murió. La Virgen le había concedido lo que había pedido.

Esta vivencia se la cuento siempre a mis enfermos, cuando les traslado una mala noticia. Nunca debemos perder la Fe. Y sin dejar de hacer lo necesario para el objetivo no perder nunca la confianza. Decía Santa Teresa, “se alcanza lo que se espera”.

Por eso pido para que Nuestra Madre y Señora Virgen de Bienvenida, nos ayude a reorientar nuestra vida y sepamos aprovechar este momento para cambiar. Que esa grandeza del alma humana que hemos experimentado y vivido en estos días, sea nuestra norma de vida para siempre.

Muchas gracias a todos. ¡VIVA LA VIRGEN DE BIENVENIDA!